

ESTEREOTIPOS

En una ocasión le preguntaron al novelista Gore Vidal si había significado un cambio muy radical en su vida haber pasado su residencia de la ciudad de Manhattan a un pequeño poblado italiano. Gore respondió: no, es lo mismo; en Manhattan, en Londres o en un pequeño pueblo italiano uno conoce y conversa con unas cinco o diez personas. Ciertamente: cada uno de nosotros vive y trabaja en un pequeño territorio, se mueve en un círculo reducido y de su grupo conoce íntimamente sólo a unos pocos. Las otras facetas de la realidad social en general las conocemos por medio de la prensa o de los libros. De cualquier hecho público que posee amplias repercusiones, en el mejor de los casos sólo vemos unas pocas facetas. Esto es cierto para los que diseñan las políticas, promulgan las leyes y firman presupuestos, tratados y convenios, como también para los ciudadanos sobre los cuales se imponen esas leyes, esos tratados y las decisiones de los gobernantes. Es lógico que nuestras opiniones cubran un espacio más amplio, y un mayor número de cosas de las que podemos observar y conocer de manera directa. Es también lógico que esas opiniones se formen como resultado de lo que otros nos reportan y de lo que fabrica nuestra imaginación.

Es importante señalar que aún los testigos directos de un hecho no extraen una idea o imagen ingenua y pura de la escena. Ningún adulto percibe virginalmente un hecho; cada quien lleva su propio bagaje de experiencias, valores y prejuicios. Casi siempre lo que un observador de un hecho considera que es su descripción, en realidad es una deformación de ese hecho.

Un reporte o una descripción de una determinada realidad es el producto conjunto del observador y del hecho en el cual, el papel del primero es siempre selectivo y creativo, es decir, imaginario. Lo que observamos es una combinación de lo que está frente a nuestros ojos y de lo que esperábamos encontrar. Lo que percibimos depende de la posición social, económica, cultural o emocional que tenemos, y de los hábitos de nuestros ojos.

En la mayoría de los casos no vemos primero y luego definimos; primero definimos y luego vemos. Esto es fácil comprobarlo en una campaña electoral. Los partidarios de un grupo político que observan la propaganda del adversario poseen de antemano una idea precisa del grado de disgusto y rechazo que le provoca esa propaganda, cualquiera que sea su contenido. El acto en sí de ver la pieza de propaganda tiene muy poca importancia como eventual circunstancia modificadora de sus creencias. En realidad, antes de ver y oír, la opinión está formada.

Los seres humanos estamos estructuralmente incapacitados para observar las cosas en detalle y de manera desinteresada e ingenua. Ni el tiempo, ni las condiciones de nuestra propia existencia, ni los intereses e ideas sobre el mundo nos permiten actuar de esa manera. La solución a esta realidad es la simplificación y la generalización de la realidad, es decir, la configuración del estereotipo: de izquierda, lesbiana, banquero, neoliberal, político, sindicalista, maestro, etc.

Entre las más sutiles y penetrantes influencias sobre el pensamiento humano se encuentran las que crean y

mantienen el repertorio de los estereotipos. Nos dan una idea del mundo antes de que lo conozcamos. Con los estereotipos nos imaginamos la mayoría de las cosas antes de que las experimentemos: la Cuba comunista, el mundo de Wall Street.

La vida es imposible sin estas simplificaciones y generalizaciones. Sin ella nuestra vida sería mucho más compleja, voluble e indecisa. Los estereotipos nos permiten una gran economía a la hora de percibir el mundo; si no existieran estaríamos constantemente a la deriva y expuestos a la visión y al relato del observador ajeno a nuestro mundo.

Lo que realmente interesa de los estereotipos es su carácter y el sentido crítico con que los empleamos. Esto tiene que ver con la manera de ver la vida. Si consideramos que el mundo está enteramente codificado y nosotros somos los depositarios de esa codificación, lo percibimos y describimos de acuerdo con esos códigos cerrados, perpetuos y universales. Si, por el contrario, somos conscientes que cada hombre y su circunstancia es una pequeña parcela del mundo que se encuentra dentro de una amplísima y variada red de formas de pensar y de sentir, entonces, cuando usamos los estereotipos, estaremos concientes que sólo son eso. Por lo tanto, los usaremos con menos intransigencia y de esta manera podremos estar más dispuestos a cambiarlos, si los hechos nos muestran que eran incorrectos.

Cediendo a la tentación de dividir al mundo en dos, me permito la licencia de hacerlo en este caso, entre quienes viven aferrados a sus estereotipos, espíritus más

tribales y primitivos, que son la mayoría de los mortales, y quienes están conscientes de que su barrio no es el ombligo del mundo.

Es normal que la perturbación de nuestros estereotipos sea percibida como un ataque a los mismos fundamentos de nuestra existencia. Lo que contradice nuestra manera de ver y comprender el mundo nos produce inseguridad y, por lo tanto, rechazo.

En caso de que la experiencia contradiga al estereotipo pueden ocurrir varias cosas: si existe un fuerte interés personal (puede ser de índole social, psicológico, familiar, económico, religioso, etc.) por el cual consideramos que nos resulta perjudicial cambiar nuestro estereotipo, catalogamos la contradicción como la excepción que prueba la regla, o desacreditamos al testigo, intentamos descubrir un error o, en última instancia, tratamos de olvidar que alguna vez tuvimos esa experiencia. Los mecanismos psicológicos humanos para desvirtuar, deslegitimar, o hacer desaparecer mentalmente la información que desvirtúa nuestras propias ideas, creencias e intereses pertenecen a una asombrosa galería de la conducta humana de la cual los novelistas obtienen gran parte de sus fantásticos relatos. En lenguaje coloquial a esto se le llama conducta esquizofrénica, y es más normal que lo que todos estamos dispuestos a aceptar.

El poseedor intransigente de estereotipos casi siempre tiene un fuerte código moral. Ese sistema moral descansa en una determinada versión de los hechos; por lo tanto, si alguien niega sus juicios morales o su manera de ver

la vida es, en general, catalogado de perverso, extraño o peligroso. Todos caracterizamos a los oponentes y explicamos su conducta como un intento de racionalizar su "equivocado" punto de vista. Lo último que haríamos en el intento de explicar la visión de las cosas de quienes piensan distinto a nosotros es decir que ve hechos diferentes a los nuestros. Creemos en el absolutismo de nuestra visión y, por lo tanto, en el carácter equivocado o maligno del adversario. Las personas en general están dispuestas a aceptar que existen dos puntos de vista sobre un tema, pero no están dispuestas a aceptar que hay dos caras de un mismo hecho: dos formas de observarlo, dos formas de percibirlo. Únicamente están en capacidad de aceptar esto quienes poseen el hábito de reconocer su propia visión de las cosas, como una experiencia parcial, vista a través de sus propios prejuicios y estereotipos.

De esa costumbre mental nace la verdadera tolerancia y respeto por nuestros adversarios. Esta actitud es muy extraña en nuestro sub-continente. Aquí se dan batallas bizantinas cuyos ejércitos sólo se encuentran en las mentes febriles y estrechas de sus generales. Desgraciadamente ésta es una conducta que incluso invade los claustros académicos. A menudo nuestros intelectuales más parecen Cruzados defendiendo una fe revelada, que investigadores estudiando las causas y los efectos de la vida política y social, con desapasionamiento, humildad y paciencia.

Cuando el estereotipo y el código moral se endurecen convertimos a nuestros adversarios en villanos y conspiradores. Satanizamos al enemigo. Obviamente, el enemigo nos define en los mismos términos.

Terminamos creyendo en nuestra propia propaganda, es decir en nuestras propias mentiras, y endurecemos nuestra muy particular visión de las cosas. La única verdad que aceptamos es la nuestra, y no estamos dispuestos a ceder un ápice; quizás el país se esté hundiendo, pero nosotros dormimos a pierna suelta y con la conciencia tranquila.

Generalmente las campañas electorales se convierten en un endurecido torneo de prejuicios y estereotipos. Es un juego de superlativos para calificar mis bondades y para señalar los errores, defectos y perversidades del adversario: Vamos a terminar con la miseria, vamos a construir un país de propietarios, vamos a acabar con la corrupción. Cuando la batalla electoral termina y las emociones partidarias se diluyen, queda una sensación de desconsuelo. Todos sabemos que una gran mentira nos ha cobijado.

Mientras tanto la realidad cultural, económica, institucional, legal y psicológica, se ha dejado a un lado. La realidad sobre la cual hay que trabajar, con sus verdaderas dimensiones y circunstancias, ha dado paso a los estereotipos.